

J O A Q U Í N B A R A Ñ A O



VOLUMEN II

De la ocupación de la Araucanía al estallido social y viral,
a través de 139 curiosidades

Historia freak de Chile

VOLUMEN II

De la ocupación de la Araucanía
al estallido social y viral,
a través de 139 curiosidades

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Joaquín Baraño

Derechos exclusivos de edición

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Mathias Sieldfeld

1ª edición: junio de 2020

Contiene 478.675 caracteres con espacios.

Número de registro de propiedad intelectual: A-2147

ISBN: 978-956-360-737-6

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

ÍNDICE

VOLUMEN I

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1 - EL POBLAMIENTO DE CHILE (tarda pero llega)	17
CAPÍTULO 2 - LA CONQUISTA (o el intento de ella)	25
CAPÍTULO 3 - LA COLONIA (tal como se vivió en el barrio marginal del imperio)	77
Siglo XVII.....	77
Siglo XVIII	92
Ambrosio O'Higgins.....	101
CAPÍTULO 4 - EL NACIMIENTO DE LA REPÚBLICA (y una lactancia repleta de chanchitos)	107
La Patria vieja	107
La Reconquista	115
La Patria Nueva	124
La formación de la República.....	142
CAPÍTULO 5 - LA REPÚBLICA CONSERVADORA (que no indica lo que cree)	151
CAPÍTULO 6 - LA REPÚBLICA LIBERAL (que tampoco indica lo que es)	181
Doble zafarrancho de combate.....	181
La Guerra del Pacífico	194
AGRADECIMIENTOS	235

VOLUMEN II

CAPÍTULO 7 - LA REPÚBLICA LIBERAL II (que tampoco indica lo que cree): 1861 - 1891	9
La Pacific... La Ocupación de la Araucanía.....	9
El gobierno de Balmaceda y la guerra civil.....	16
CAPÍTULO 8 - LA REPÚBLICA PARLAMENTARIA (salitre e inflación). 1891 - 1925	29
CAPÍTULO 9 - LA REPÚBLICA PRESIDENCIAL (el León y el Caballo). 1925 - 1938	61
CAPÍTULO 10 - EL RADICALISMO (alias “El cucharón radical”) y el regreso de La Bota. 1938 - 1952	93
CAPÍTULO 11 - LOS TRES TERCIOS (de los maceteros al bosque catedral). 1958 - 1970	127
CAPÍTULO 12 - LA UNIDAD POPULAR (pero no popular para todos). 1970 - 1973	149
CAPÍTULO 13 - LA DICTADURA MILITAR (reseteo republicano). 1973 - 1990	171
El plebiscito.....	213
CAPÍTULO 14 - EL CHILE DE HOY (y sepa uno lo que viene mañana). 1990 -	223
La transición y los gobiernos de la Concertación.....	223
Pichellet y los estallidos.....	240
AGRADECIMIENTOS	249
REFERENCIAS	261

CAPÍTULO 7
LA REPÚBLICA LIBERAL II
(que tampoco indica lo que cree): 1861 - 1891

La Pacific... La Ocupación de la Araucanía

¿Magallanes? *Check*. ¿Antofagasta? *Check*. ¿Tarapacá? *Check*. ¿Araucanía? A 350 años del choque con Almagro, los irreductibles mapuches seguían resistiendo al invasor. El Estado chileno no aguantaba ya más ese punto negro en su soberanía. Como escribiera Neruda: “*La Araucana* está bien, huele bien. Los araucanos están mal, huelen mal. Huelen a raza vencida. Y los usurpadores están ansiosos de olvidar o de olvidarse”. Contrario a la idealización posterior de los libros escolares, lo que menos se hizo fue “pacificar” la Araucanía.

La consolidación chilena hasta el río Malleco tras la campaña de 1870-1871 resultó crucial. Se expandió el telégrafo y el ferrocarril, lo que dio pábulo a la renovación de tropas con destacamentos frescos desde Santiago. Errázuriz Zañartu comentó que el tren resolvería en breve “el problema de tres siglos, manifestando prácticamente a los bárbaros pobladores de aquellos ricos e inmensos territorios, el poder y las ventajas de la civilización”.

Al estallar la Guerra del Pacífico, y ante la ausencia del ejército de línea, a cargo de la Frontera quedó una fuerza en su mayoría paramilitar de colonos, campesinos y algunos oficiales auxiliares, unos dos mil hombres en 29 destacamentos, en la llamada Guardia Nacional. El gato al cuidado de la carnicería, en palabras de Pedro Cayuqueo. ¿Resultado? La violencia volvió a nuestro *far west*.

Mientras se guerreaba en Perú y Bolivia, una nueva campaña penetró todavía más al sur y consolidó la línea formada por el río Cautín. En febrero de 1881 fue fundado el Fuerte Recabarren, luego llamado Fuerte Temuco. Los caciques del lugar, junto a 600 mocetones a caballo, acudieron en vano a exhortar el desistimiento. El mes siguiente fue el fuerte de Victoria, así llamado por los triunfos que se informaban desde Perú.

Ante carabinas y ametralladoras, los mapuches respondieron en primera instancia con guerra de guerrillas. Luego, en noviembre, estalló el alzamiento general. Unos siete mil conas presentaron sus lanzas. Fue la primera vez en tres siglos y medio que los mapuches, descentralizados crónicos, aunaron fuerzas en un solo *Futa Malón*, o “gran insurrección”. El último grito a campo abierto de esta nación desesperada.

Los fuertes de Toltén y Budi resultaron sitiados, Nueva Imperial destruida y Tirúa atacada. La gran batalla se libró en el Fuerte Temuco. Hasta en 4.000 se han cifrado los conas en acción. No hubo caso. Se retiraron tras padecer cientos de bajas.

Finalizado el grueso del conflicto en Perú a inicios de la década de 1880, el Ejército victorioso retornó brioso a la Frontera bajo el mando del coronel Gregorio Urrutia. En paralelo, se inició un plan de contratación de instructores militares prusianos, encargados de dotar al personal del cientificismo positivista que predominaba por esos años. Esa es la razón por la cual el Ejército muestra hasta hoy tintes más alemanes, en lugar de la más británica Armada.

Un poco más al este, las fuerzas armadas argentinas pasaban máquina a sus propias poblaciones indígenas, debilitando todavía más al pueblo mapuche. El expresidente trasandino Domingo Faustino Sarmiento reflexionaba:

¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa calaña no son más que unos indios asquerosos a

quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso. Su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado.

Julio Argentino Roca, el comandante de la campaña, anidaba similares ideas. Ante la propuesta de cavar un foso de contención respondió: “Es sacando al hormiguero como se acaba con las hormigas, no esperando cazarlas a estas una por una cuando salgan de la cueva”.

Entre 1878 y 1885 nuestros vecinos anexaron los territorios sin gastar tinta ni saliva sobre los derechos civiles. Llamaron al genocidio “Conquista del desierto”, implicando que las pampas a las que los indígenas llamaban su hogar era un “entre Tongoy y Los Vilos” cualquiera. Roca veía en esa zona un descampado apto para poco más que el pillaje, frecuentado para colmo por tribus radicadas en Chile, la tierra donde hasta para comprar una aspirina se pide el RUT. Muchos escamotearon la muerte huyendo a nuestro país. Una vez cesado el reguero de sangre, la apreciación de Roca por esas tierras dio un giro copernicano: “Todo allí se produce y solo falta que la mirada inteligente del hombre se fije en ese suelo para sacar de él un céntuplo de lo que el indio ignorante le arrancaba”. El hombre vio recompensado sus esmeros con la presidencia.

En Chile, Urrutia edificó varios fuertes y decidió refundar La Imperial, la ciudad que Valdivia proyectó como capital, abandonada desde el apocalipsis post Curalaba.

—Yo te apuesto mi cabeza a que no fundas un pueblo aquí —le dijo un mapuche llamado Marimán.

—Apostada la cabeza —respondió Urrutia.

La Imperial reemergió con el nombre de Carahue. Al tiempo apareció Marimán, acompañado por mujeres y niños ahogados por el llanto.

—¿Cómo te va, Marimán? —preguntó el coronel —¿Qué te trae por aquí y por qué lloran estas mujeres y niños?

—Vengo a pagar la apuesta que perdí, pues hombre.

Admirado, Urrutia no cobró. Lo que sí hizo fue proseguir más al sur, abriendo huella entre coligües y zarzamoras. El primer día de 1883 rehabilitó Villarrica, sobre las pocas ruinas que subsistían a los 280 años de regencia del bosque y la maleza. En un último estertor de resistencia, el cacique Saturnino Epulef se presentó con sus hombres para impedirlo. Poco podía hacer. “El noble Epulef, a punto de llorar de impotencia, se retiró sin pronunciar palabra”. Era el fin de la Guerra de Arauco, 344 irregulares años de combos iban, combos venían. Las hostilidades acaecidas de aquí en adelante serán conocidas bajo el impreciso apelativo de “conflicto mapuche”. Domingo Santa María expresó su satisfacción ante el Congreso:

Ese acontecimiento tan importante se ha llevado a término con felicidad y sin costos ni dolorosos sacrificios.

La Araucanía entera se halla sometida, más que al poder material, al poder moral y civilizador de la República: en estos momentos se levantan poblaciones importantes, destinadas a ser centros mercantiles e industriales de mucha consideración, en medio de selvas vírgenes y campiñas desconocidas, que eran tan solo ayer el santuario impenetrable de la altivez e independencia araucana.

Los mapuches fueron acorralados en reducciones. Paños pequeños que salpicaban un paisaje asignado en su mayoría a colonos, muchos europeos. No era un contexto muy “Heidi”, sino un entorno semimilitarizado. “Un grupo tan respetable de extranjeros no se dejaría imponer por la indiada”, escribió Pérez Rosales. Y apenas el 5,3% de 9,5 millones de hectáreas desde la provincia del Biobío hasta Llanquihue fue asignado a indígenas entre 1884

y 1929. En muchos casos tierras como el ajo, lo que sumado a la seminómada vida mapuche suscitó toda gama de altercados.

Los mapuches desplazados esperaron por años a que la Comisión Radicadora delimitara sus nuevas posesiones. En el intertanto, se actuó con fuerza. En el llamado Manifiesto del Llanquihue, que un grupo de caciques hizo llegar al presidente Jorge Montt en 1894, se lee:

No hay en la actualidad en la provincia de Llanquihue y difícilmente hay en la de Valdivia una sola familia indígena que no haya sido despojada de sus terrenos (...) Nuestros perseguidores para arrebatarnos nuestros terrenos incendiaban casas, ranchos, sementeras; sacaban de sus viviendas a los moradores de ellas, los arrojaban a los montes y enseguida les prendían fuego, hasta que muchos infelices perecían o quemados vivos, o muertos de frío o de hambre. Jamás en país alguno podrá imaginarse que esto se ha hecho un sinnúmero de veces, vanagloriándose un individuo en la actualidad de haber incendiado siete veces el rancho de una pobre familia.

Otra arma de destrucción masiva vino a suplementar la tarea: el *Variola virus*. En 1890, estalló un brote de viruela. Reportes señalaban que “extrañamente esta epidemia no afecta a los araucanos”. Era una estratagema. En palabras de un médico de Angol, “la gente con poder, que tiene mucha influencia en los periódicos, está propagando esta idea, de manera tal que la peste cunda entre los mapuches y cause la más alta mortalidad posible, y después apropiarse de sus tierras”. Como dice Neruda, “contra los indios todas las armas se usaron con generosidad”.

Casi al mismo tiempo tuvo lugar otro horror que, aunque de demografía más modesta, no es menos macabro: el genocidio de los selknam. Quizás les suenen más como “onas”, corrupción de “aona yámana” u hombres del norte. El segundo pueblo más

austral del mundo pasó a la historia como “hombres del norte” porque pegó más el apelativo que le puso el primero, los yaganes¹⁴¹.

A ojos de los megaestancieros nada era suficiente para engordar sus ovejas. José Menéndez, “El rey de la Patagonia”, acaparó 2,5 millones de hectáreas entre Argentina y Chile, la tierra donde nadie sabe por qué “muy rápido” o “muy fuerte” se puede decir “a todo chanco”. La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, fundada por Sara Braun, se adueñó de tres millones de hectáreas, un imperio pastoril del tamaño de Bélgica¹⁴².

En Tierra del Fuego, al cercar territorios ahuyentaron a los guanacos, el suministro básico de calorías y pieles de los selknam. Carentes del concepto de propiedad privada, sobrevivieron cazando algunas ovejas, que llamaban “guanacos blancos”. Los estancieros obtuvieron así el pretexto que necesitaban para aniquilarlos. En una carnicería avalada por las autoridades, se pagaba una libra esterlina por cada par de orejas. Al aparecer desorejados vivos, se exigió la cabeza de los hombres y los senos de las mujeres. O penes, o testículos.

A objeto de acelerar la cacería, Menéndez contrató a Alexander MacLennan, un mentecato alcohólico a quien por su tez rosada apodaban Chancho Colorado. Escocés, como tantos administradores de estancias ovejeras (era tal la presencia británica que alguna vez el año nuevo se celebró con el huso horario de Londres y ninguno de los carreteados comensales llegó despierto a la medianoche). Entre otros horrores, el Chancho Colorado envenenó una ballena varada. Tras el festín de los selknam quedó el tendal de muertos, quizás quinientos o más.

Los selknam eran calificados como “infrahumanos” y descritos por Darwin como “abyectos y miserables” (aun cuando junto con los yaganes se las ingenieron para domesticar el perro fueguino a partir de zorros, en lugar de lobos). Ello explica que fueran apesados y exhibidos en zoológicos humanos. En las Fiestas Patrias de 1873 el público del parque Cousiño se quedó con los crespos hechos de escudriñar al tal “antropófago José”. De acuerdo con *El*

Ferrocarril, con generosa dosis de cosecha propia, el fueguino “ha estado enfermo desde su llegada a Santiago, por falta tal vez de su alimento favorito¹⁴³”.

Entre 1878 y 1900 fueron enviados a Europa en calidad de atracciones un grupo tehuelche, otro selknam y otro kawésqar (o “alacalufe”, que quiere decir “come-mejillones”, como peyorativamente los llamaron los yaganes). A los caídos del catre berlineses no se les ocurrió nada mejor que alojarlos junto a los avestruces, en vista de su talante patagónico. Los selknam fueron también parte de la Exposición Universal de 1889, celebrada para el centenario de la Revolución francesa, la misma que dio origen a la torre Eiffel (y en la que un tonel de 160.000 litros de champaña fue arrastrado por París por 24 toros y 18 caballos, previa demolición de cinco edificaciones). El misionero y etnógrafo Martín Gusinde, autor de las desconcertantes fotos de los fueguinos pintados que hoy pueblan ferias artesanales en forma de magnetos de refrigerador, relata cómo un ballenero belga decidió hacerse de unos pesos a costa de ellos:

Raptó en la Bahía de San Felipe, a fines de 1888, a toda una familia selk'nam, que constaba de once personas, y, con pesadas cadenas, los llevó 'cual tigres de Bengala' a Europa. Dos de ellos murieron en el viaje. En la Exposición Mundial de París, en 1889, estos desgraciados fueron presentados tras pesadas rejas, como 'caníbales' ante el público curioso. A determinadas horas les arrojaban carne de caballo cruda; intencionalmente los mantenían en suciedad y total abandono, para que realmente tuvieran la apariencia de 'salvajes'¹⁴⁴.

Once años después, París volvió a ser sede de una exposición universal. En esta ocasión, empresarios del espectáculo planeaban llevar mapuches. En el diario capitalino *El Porvenir* se oponían con vehemencia, pero no por consideraciones de dignidad.

¿Qué interés nacional se sirve acarreado, para exhibirlo en París como muestra de Chile, un puñado de indios casi salvajes, embrutecidos, degradados, de repugnante aspecto? ¿Qué vergüenza que en París puedan identificar a Chile con los miembros de una raza inferior!

El gobierno de Balmaceda y la guerra civil

El liberal José Manuel Balmaceda, ministro del interior de Santa María, trepó a la testera del Estado en 1886 con “gesto de gran señor, figura esbelta, garbo principesco, frente amplísima, cabeza de artista, mirada enérgica y vivaz”. Rubén Darío dijo que había nacido para príncipe y actor. Asumió con un acaramelado prospecto: el manantial de riqueza del salitre capturado en la guerra permitía proyectar un vasto plan de obras públicas, reformas sanitarias y educacionales. ¿Qué podría salir mal?

Como si la expansión territorial se hubiese vuelto requisito del cargo, Balmaceda clavó los ojos en el extremo oriental de la Polinesia. Una isla pichiruche, más pequeña que la comuna de Pudahuel, más lejos del continente que Santiago de Guayaquil: Rapa Nui. O Isla de Pascua, como la llamó el primer europeo, un neerlandés que la avistó un Domingo de Resurrección. Tan remota, que es el punto habitado más lejano al centro de masa de la población mundial¹, al norte de Pakistán. Vaya ironía para *Te pito o te henua*, “El ombligo del mundo”¹⁴⁵.

A lo largo del siglo XIX, navíos peruanos habían capturado a la mayor parte de la población para venderla como esclavos en El Callao. Otro grupo zarpó a Tahití junto a misioneros católicos.

I. Para que me entienda, el centro de masa de la población es el punto más eficiente para celebrar su cumpleaños si quiere invitar a toda la humanidad.

Casi todo lo que no se llevó la codicia o la búsqueda de mejores horizontes lo hizo la viruela o la tuberculosis, que desembarcó al apa de misioneros franceses. La población menguó hasta un mínimo de 101 habitantes. La isla estaba convertida en el esqueleto famélico de la otrora orgullosa cultura rapanui.

Balmaceda envió al capitán Policarpo Toro a negociar con ganaderos europeos, responsables de transformar esta peca oceánica en una hacienda ovejera semitropical. En un segundo viaje, en 1888, Toro tomó posesión de la isla. En un guiso verbal de tahitiano y rapanui, se escribió que “nuestro territorio Te Pito o te Henua estará en la mano de la nación chilena como amigo del lugar”. Una fórmula ambigua, que no aclaró si se cedía o no soberanía, luego discutida al infinito. Años después fue inscrita ante el Conservador de Bienes Raíces de Valparaíso.

El hermano de Toro quedó de agente de colonización, con resultados tan desastrosos que los “conti” se viraron en 1892. Durante casi seis décadas el gobierno arrendó el terreno a la Sociedad Explotadora de la Isla de Pascua. Para colmo, en 1911 atacó una epidemia de lepra. Para ser considerados ciudadanos chilenos, los pascuenses tendrían que esperar hasta 1966, fecha en que Elías Figueroa ya había sido electo futbolista del año.

En el continente, Balmaceda enfrentaba asuntos más acuciantes.

Primero fue la epidemia de cólera, que en menos de un año arrebató unas 29 mil vidas. Era el 1,1% de la población, como si hoy, de un plumazo, fallecieran 193 mil. Los centros urbanos más afectados perdieron hasta el 5% de sus moradores. Ante la ausencia de un tratamiento eficaz algunos recurrieron al “sistema pililo”: ingerir el excremento de caballo para vomitar, que algunos creían que quitaba “el pujo”¹⁴⁶. El cólera remató los estragos de un brote de viruela que entre 1882 y 1889 rebajó en un 0,8% el inventario de chilenos.

Luego fue la creciente enemistad con el Congreso. Las asperezas comenzaron en la elección misma, abiertamente intervenida

por Santa María en favor de Balmaceda. El fraude electoral fue una política sistemática de todas las elecciones que Santa María enfrentó, todavía más desembozada que lo usual, e incluyó pandillas de matones provistos de garrotes que robaban las urnas. Santa María mismo no ocultaba su escepticismo respecto del electorado: “Tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos (...) entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y yo no me suicidaré por una quimera”. Balmaceda concordaba con su exjefe.

Los conservadores vilipendiaban a Balmaceda por su rol como ministro durante la tramitación de las leyes laicas. Además, horror de horrores, había nacido antes del matrimonio de sus padres. A cierta “gentuza” que nombró en el gobierno los apodaban “balmasiúticos”. El Partido Liberal, su propia tienda, colisionó con su estilo autoritario y, reacio a someterse a los instrumentos parlamentarios que limitaban su poder, buena parte del partido lo abandonó a meses de su asunción. Implementó la práctica de viajar con frecuencia a las provincias, novedad que el reciente tren viabilizó, pero etiquetado de “populismo barato” por la élite santiaguina. Sin embargo, al arribar, era vitoreado por ciudadanos favorecidos con las obras que el oro blanco permitía. Tras inaugurar el viaducto del Malleco (que NO proyectó Eiffel) la prensa opositora le propinó un raspacachos por andar “botando sin delicadeza los dineros de la comunidad” para un puente “en un rincón oscuro y aislado”. Tampoco caía bien la aspiración de Balmaceda de imponer tempranamente a su sucesor —el ministro Enrique Salvador Sanfuentes— una costumbre practicada por décadas, pero cada vez menos a tono con los tiempos.

En el mensaje presidencial de junio de 1890, defendió la urgencia de una reforma constitucional para salir del marasmo, que consagrara en forma explícita un sistema presidencial, que él llamaba “representativo”. Argüía que el “pretendido régimen parlamentario” lleva “inevitablemente a la dictadura del Congreso”.

Después diría que con una reforma constitucional “seguramente habríamos evitado la revolución” (puede sonarle familiar).

La mayoría opositora rechazaba los proyectos de ley del gobierno sin siquiera analizarlos y vetaba a los ministros con tal severidad que hubo catorce equipos. Un gabinete fue censurado antes de poder siquiera exponer sus planes. El Ejecutivo se resistía a aceptar el veto del Legislativo. Como sintetizó un quinteto de historiadores, “Balmaceda fue incapaz de crear una plataforma de gobernabilidad con un Congreso cada vez más celoso de sus prerrogativas y suspicaz de un Presidente no menos insistente en las suyas”.

A fines de 1890 se llegó al punto de quiebre con el rechazo a la Ley de Presupuesto —la normativa que ordena la billetera fiscal— y la ley que fija las fuerzas de mar y tierra. La prensa opositora se volvió sediciosa. *El Día* tituló una serie *Al manicomio o al presidio*, que concluía afirmando que las facultades mentales de Balmaceda se encontraban profundamente afectadas. *El Independiente* lo acusó de “la locura de la vanidad”, que hace que una persona “se sienta enloquecida, aspire hasta lo infinito, perdiendo en su delirio la noción de su poquedad”. Hasta Monseñor Casanova decía que muchos del círculo íntimo del dignatario “llegan a temer que su cerebro haya sufrido algún grave trastorno”.

El 1 de enero Balmaceda publicó su *Manifiesto a la Nación*, en que declaraba su dilema: “GOBIERNO REPRESENTATIVO^{II} O GOBIERNO PARLAMENTARIO”, y respecto a las dos leyes bloqueadas anunció que se renovaban las del año anterior. La maniobra era abiertamente inconstitucional, y el Congreso encontró fundamento jurídico para establecer su propio gobierno de facto. Los partidos de oposición desconocieron las facultades del Ejecutivo y Balmaceda en respuesta ordenó la clausura del Congreso.

Estalló así la octava y última guerra del siglo XIX chileno.

II. Su expresión para gobierno presidencialista.

La mayor parte de la Armada, de tradición británica, asociaba el parlamentarismo con la grandeza del Reino Unido y se plegó al Congreso. El grueso del Ejército se mantuvo leal a Balmaceda, aunque no todos: entre las excepciones, figúrese usted, un hermano del Presidente. El ya retirado general Baquedano fue tentado por ambos bandos para asumir la conducción, pero se mantuvo neutral. La mayor parte del pueblo no manifestó en un comienzo preferencias marcadas por esta riña de futres.

En abril los parlamentarios le hicieron un Pato Yáñez al orden institucional y declararon un gobierno paralelo en Iquique. Lo encabezaban el capitán Jorge Montt, el vicepresidente del Senado, Waldo Silva, y el presidente de la Cámara de Diputados, Ramón Barros Luco, exministro de Interior y de Industria de Balmaceda. Organizaron comités revolucionarios distribuidos por el país.

Carecían de armamento suficiente, pero lo que parecía una desventaja al final jugó a su favor. Con la plata del salitre que tributaban las empresas bajo su área de control adquirieron fusiles más modernos que los del Ejército. Enviaron a recoger 8.000 unidades a San Francisco, California, al Itata, un vapor que se haría conocido como *El Loquero* por su rol en el transporte de personas con problemas psiquiátricos a la Casa de Orates de Santiago. El embajador de Balmaceda se enteró y logró que la justicia estadounidense ordenase el embargo del cargamento. El capitán del Itata huyó y el Departamento de Defensa envió a dos navíos en persecución, uno de ellos el USS Baltimore. Los rebeldes en Iquique enviaron a la Esmeralda (la tercera) a colaborar en la defensa del Itata. En lugar de enfrentarse, ambas flotillas llegaron juntas a Iquique. Con tal de que Estados Unidos no se abanderara con Balmaceda los congresistas pactaron. Podrían descargar parte del cargamento siempre y cuando el Itata regresara a California a pagar una multa. El USS Baltimore se iba a quedar un rato más. El Itata iba a naufragar en 1922 en la mayor tragedia marítima de Chile, la tierra donde las páginas *webs* lidian con la confusión de que “cancelar” es también “pagar”.

Mientras la junta se hacía fuerte en el norte, en el resto del país controlado por Balmaceda se asentaba una dictadura. Las cortes civiles fueron reemplazadas por tribunales militares. Universidades, liceos, clubes y medios de prensa fueron cerrados. Las cárceles se llenaron de opositores y se adoptaron enrolamientos forzosos para enfrentar a los rebeldes. Se convocó a nuevas elecciones parlamentarias y comenzó a operar un nuevo Congreso mandatado a formular una nueva Constitución.

En la primera fase, entre enero y julio de 1891, la guerra se libró en el norte donde los congresistas gozaban de apoyo generalizado. El tumulto le costó a Iquique un absurdo bombardeo. Balmaceda dictaminó que si sus destacamentos no lograban mantener las posiciones se debía “arrasar todas las oficinas salitreras sin exceptuarse una sola y en condiciones que no puedan rehabilitarse en un año”. En Copiapó, entre quienes sufrió el destierro estuvo Marmaduke Grove Ávalos. Su hijo del mismo nombre relataría que mientras eso ocurría “yo juraba a mi buena madre que si el destino me deparaba ser revolucionario, lo sería de verdad”. Fue exactamente lo que el destino le deparó.

En abril, el congresista Blanco Encalada se transformó en el primer buque del mundo en ser hundido por un torpedo autopropulsado. La prensa opositora acusó de violar un pacto temporal y fustigó la acción con dureza. *La Restauración* calificó de ridículo que los servidores de la tiranía fallaran tres de los cinco torpedos, y que:

En esta pseudo hazaña de los buques del tahúr [capitán Carlos] Moraga no hay más que un crimen torticero, ruin y bajo, propio de los hombres de La Moneda, que han dado al traste la vergüenza humana.

Añade que Moraga no supo si se trataba del Blanco Encalada o el Cochrane y llegó contando que habían volado dos buques.

De acuerdo con vecinos de Caldera, Barros Luco —que se encontraba a bordo—, salvó su vida aferrándose a una vaca lechera que habitaba en la nave. Se cuenta que, a su modo de ver, no había sino dos clases de problemas: los que se resuelven solos y los que no tienen solución. En este caso, una solución que compensaba en eficacia todo lo que le faltaba en dignidad. Él, en todo caso, siempre negó la veracidad del auxilio vacuno. Ocasionalmente confesaba haberse asido a *algo*.

Sin materializar la destrucción de salitreras, durante el invierno la acción se desplazó a la zona central. La causa del Congreso despertó el soporte de la oligarquía y parte de las clases populares, mientras que la del gobierno encontró acogida en la clase media. Por eso se dijo que se enfrentaban los caballeros-caballeros y rotos-rotos contra caballeros arrotados y rotos acaballerados.

El conflicto concitó atención internacional, aunque más por las estribaciones políticas que por la magnificencia bélica. El embajador británico afirmó a mediados de agosto que el evento era notable por la “ausencia de acción, acompañada de una extraordinaria actividad de la imaginación”. El Reino Unido no ocultaba su predilección por los revolucionarios. Por su lado Estados Unidos acabó por apoyar a Balmaceda, aunque de todas formas los congresistas contaban allá con los servicios de Pedro Montt, hijo de Manuel, quien oficiaba de agente diplomático confidencial ante el gobierno. Difícil dilucidar si la alineación con sus propios sistemas de gobierno (presidencialismo y parlamentarismo) es o no coincidencia.

Más acción que imaginación tramaba un grupo de pirulos que proyectaban volar los puentes del Maipo y de Angostura para truncar la comunicación con las divisiones balmacedistas provenientes del sur. Era una pandilla sin formación militar, guiados por el entusiasmo y la propaganda opositora, que maquinaban en el fundo Lo Cañas, actual comuna de La Florida, propiedad del líder conservador Carlos Walker Martínez. El 18 de agosto militares le propinaron una paliza a la montonera de pirulos. Los

sobrevivientes fueron perseguidos y varios asesinados sin miramientos o pasados por armas sin juicio. Luego los cuerpos fueron salvajemente quemados. *La Matanza de Lo Cañas* arrebató 84 vidas. La animosidad entre los bandos se volvió irreversible.

De acuerdo con el historiador Alejandro San Francisco, ese clima de animadversión fue pieza clave del conflicto. En palabras del embajador británico, “el odio político es tal vez más intenso que en cualquier otro país”. El presidente fue acusado por *La Libertad Electoral* de “mezquino espíritu de venganza”. Por *La Época*, de atacar a la sociedad con asesinos infames, reclutados “en los arrabales y en las cárceles”. Por *El Independiente* de “apariencias delicadas [...] y de facciones de mujerzuela [...] el alma grosera de un tirano que es capaz de todos los crímenes contra la República”. Balmaceda, a su turno, despotricó contra “los judíos y revolucionarios” que se levantaban contra él.

Esta inquina exacerbó las otras causas más conocidas del estallido: la crisis constitucional presidencialismo-parlamentarismo, la lucha por el poder y la intervención de militares como grupo deliberante en política.

La balanza comenzó a inclinarse en favor de los congresistas. Así lo entendieron los escuadrones balmacedistas Húsares de la Frontera y Húsares de Collipulli, que invirtieron su lealtad. Para no ser atacados por sus nuevos compañeros, dieron vuelta sus chaquetas azules y las vistieron al revés^{III}. Los forros blancos asemejaban el blanco invierno de los congresistas. No pocos gobiernistas eran campesinos reclutados a la fuerza, que luchaban por

III. No es, eso sí, el origen de la expresión “darse vuelta la chaqueta”. En inglés, *turncoat* tiene el mismo significado literal y el mismo sentido gramatical, y se conoce al menos desde 1550. Aparece también en un diccionario etimológico de 1770. En castellano se sabe al menos que aparece en el volumen 1 del periódico satírico *El Negro Timoteo*, de 1876.

una causa que no juzgaban suya, y para quienes volcar la filiación no representaba dilema alguno.

Para quien no era una opción darse vuelta la chaqueta era el mismo Balmaceda. “Entregaré mil veces la vida antes que permitir que se destruya la obra de Portales, base angular del progreso incesante de mi patria”, escribió. Esta disposición al martirio iba a inspirar a Salvador Allende en los últimos días de su gobierno.

La guerra se resolvió en favor de los congresistas en las grandes batallas de agosto.

En la de Concón, el caudal del río Aconcagua fue acrecentado tras cerrar las bocatomas que alimentaban los canales de regadío, con lo que el terreno quedó sembrado de cadáveres de ahogados. A la postre, esta derrota produjo tal desaliento que se hablaba de la enfermedad moral del “conconismo”. Emilio Körner, general alemán al servicio congresista y que algo sabía de estos menesteres como veterano de la guerra franco-prusiana, confesó nunca haber presenciado un combate más sangriento.

El guaracazo definitivo fue en Placilla, magna batalla en la que unos 11 mil congresistas se impusieron ante unos 9.500 gobiernistas. Ambos eventos sumaron más de 8 mil bajas (entre muertos o heridos), un 48% más que la suma de bajas chilenas en Chorrillos y Miraflores, clímax de la Guerra del Pacífico. Es que el armamento adquirido una década atrás para vencer a nuestros vecinos ofrecía inusitado poder de fuego.

El puerto fue saqueado montando “una escena que hubiera hecho sonrojarse a Baco y avergonzarse a Nerón. [...] Beodos bailaban en las calles y otros beodos disparaban sobre ellos en medio de retozos desenfundados”. Los jefes balmacedistas se refugiaron en buques extranjeros del puerto. Algunos en nuestro conocido USS Baltimore. Desde hacía un periodo insoportablemente largo su tripulación estaba a la gira, al aguaito del fin de las acciones armadas (expresión que no deriva de *to wait*, sino del catalán *guaita*, centinela¹⁴⁷).

Los revolucionarios hicieron ingreso a Santiago, sellando un conflicto que costó al menos 4.000 almas. Balmaceda dimitió el 29 de agosto, a 20 días del término constitucional del mandato. Entregó el mando a Baquedano, razonando que sería la única figura de gobierno a quien los revolucionarios respetarían (por fortuna no vio la versión 2019 de su estatua ecuestre). El flamante mandatario decidió no reprimir a los granujas que saqueaban y le sacaban la contumelia a los balmacedistas para evitar mortandades como en Lo Cañas. Los cadáveres de los generales derrotados, Barbosa y Alzérrecas, fueron arrastrados por las calles y se vieron obras de artes en manos de pordioseros. Un joven Arturo Alessandri Palma fue testigo de la bestial vandalización de la versión chilensis del palacio de La Alhambra, de propiedad de un exministro de Balmaceda. El piano completo fue lanzado desde un balcón a la calle. Oficiales que se mantuvieron fieles al presidente fueron perseguidos, incluyendo laureados veteranos de la Guerra del Pacífico. José Miguel Varela, el “veterano de tres guerras”, lo llamó “el fino tamiz de la ingratitud”. De modo insólito, la casa de Balmaceda resultó incólume. Algún habiloso le colgó un cartel que la designaba como botín de Estanislao del Canto, coronel congresista.

El panderero no lo llevaba “el rotaje y la canalla”, como diría Santa María, sino la Hermandad de San José, rama de los conservadores cuyos miembros eran conocidos como los Josefinos. “Hombres temibles, algo así como quien dijera comunistas cristianos”, de acuerdo con Ricardo Puelma.

Balmaceda se refugió en la embajada de Argentina. Dedicó cartas y redactó su testamento político. Al clarear el 19 de septiembre, primer día posterior a su periodo constitucional oficial, se recostó en cama, apuntó una pistola a su cabeza y apretó el gatillo. Las fiestas patrias, las últimas de cuatro días, se vivieron de luto.

Para no incitar más barullos, la nueva administración organizó un funeral secreto. Evacuaron la embajada con un ataúd cargado

con ladrillos. El verdadero finado salió esa noche en un modesto carruaje de alquiler. En el Mapocho encontraron los restos del señuelo y los ladrillos esparcidos, confirmando que evitaron un ultraje.

La muerte no morigeró a la prensa opositora. *El Chileno*, un diario católico, publicó que a Balmaceda le esperaba “la infamia eterna, el dolor sin esperanzas [...]. El más canalla de los tiranos; tenía que acabar por un verdugo de sí mismo, miserable suicida [...]. Desgraciado, más le valiera no haber nacido”. A juicio de los editores de *El Porvenir* el expresidente “no encontró mejor manera de aliviarse que arrojando lejos de sí el peso de la propia vida”. *La Libertad Electoral* escribió de “la condenación inexorable de la posteridad”. *La Época*, de Agustín Edwards Ross, anotó: “Por obra de esa misma vanidad, elevada a la categoría de soberbia en un alma de cómico, apeló Balmaceda al suicidio [...] ¿Qué merece, entonces, un suceso como el suicidio de Balmaceda? ¡Solo el desprecio!”.

Baquedano ocupó la máxima magistratura, aunque duró menos que Mauricio Rojas de ministro de Cultura: entre el sábado 29 y el lunes 31 (“—¿Qué hiciste el finde, Manolo?— Fui Presidente de Chile”). Se convocó a elecciones parlamentarias, municipales y presidenciales, reseteo total del edificio constitucional, para un mes y medio más. De candidato presidencial, una convención liberal radical eligió por unanimidad al almirante revolucionario Jorge Montt, pariente lejano de Manuel y de Pedro. Los conservadores también le brindaron su apoyo y salió electo sin oposición. Sus detractores dirían que era nuestra reina Victoria, porque reinaba pero no gobernaba.

A solo un mes y medio de asumir, Montt II enfrentó otra disputa con cara de guerra. Consecuencia esta vez de las calenturas de marinos borrachos. La tripulación del USS Baltimore, sobreeenergizada por la larga espera, obtuvo por fin permiso para desembarcar en Valparaíso.

Los estadounidenses se desperdigaron por el barrio bravo, “bebieron en las incontables tabernas [...] y casas de remolienda y prostitución que jalonaban esas calles laberínticas”. En el bar prostíbulo True Blue se desató una trifulca monumental con obreros chilenos cuyo sofoco requirió de 40 policías. Un gringo murió esa noche y otro después de seis días de morfina y dieta de huevos y ponche de leche en un hospital porteño. La fuerza pública confiscó a los norteamericanos siete navajas y “un trozo de hierro muy a propósito para el box”. De acuerdo con el informe de la policía, la reyerta se desató luego de que un marinero cufifo escupió sobre un retrato de Arturo Prat. De acuerdo con el embajador de Estados Unidos, un irlandés que inmigró a Norteamérica huyendo de la justicia británica, una reacción provocada por un obrero que escupió sobre un marinero.

Para el gobierno estadounidense el altercado fue más que una descompensación ética. El presidente Harrison lo citó en el solemne discurso del estado de la Unión. El canciller chileno reaccionó en duros términos a las imprecisiones de Harrison a través de un cable que hizo llegar a Pedro Montt, ahora embajador formal en Washington. Acusaba la protesta del embajador estadounidense de “agresiva de propósito y virulenta de lengua”, entre otros epítetos. El Montt embajador decidió no revelar esta atrocidad diplomática, que apagaba el incendio con parafina. Muy a su pesar, el cable fue publicado de todas formas en la prensa.

Harrison emitió un ultimátum. El ataque se consideraba un acto premeditado contra la nación, Chile era culpable de no proteger la integridad de la tripulación y, de no mediar una retractación pronta y satisfactoria, se romperían relaciones. Dos días después Harrison envió un discurso al Congreso de Washington, en que acusaba la hostilidad chilena y el hecho de que el ultimátum no recibió respuesta. Estados Unidos inició preparativos bélicos. La embajada británica advirtió que el plan involucraba apoderarse de la zona salitrera a modo de autoindemnización. Thomas Alva Edison, vendiendo la pescá, anunció que cualquier soldado

chileno que desembarcase en Estados Unidos sería freído con un chorro de agua electrificada (lo que sí hizo Edison poco después fue cocinar animales con corriente alterna).

Con Tío Sam no se juega. Mal que mal, llaman Serie Mundial a su final de béisbol y nadie se queja. Montt II cedió a la presión y nuestro gobierno se disculpó en lo que un funcionario de la embajada estadounidense llamó “una carta muy humillante para este orgulloso pueblo”. Se indemnizó a las familias de los dos fallecidos y sorteamos la ira del grandulón de las Américas. Ciertas maniobras de Harrison y de su secretario de Estado llevan a presumir que preferían la guerra a las disculpas. Por fortuna nunca pudimos comprobarlo.

Pero, como diría Manuel Rodríguez, aún tenemos patria, ciudadanos. No todo fue ruina para nuestra institucionalidad en ese fatídico 1891. Aunque usted no lo crea, ese año fue liquidado, por fin y para siempre, el préstamo catete del care'palo de Irisarri¹⁴⁸.

Historia freak de Chile

VOLUMEN II

De la ocupación de la Araucanía
al estallido social y viral,
a través de 139 curiosidades

 Planeta